

## La enseñanza de Tucídides sobre la plaga

Por qué leer a los clásicos durante la pandemia. “Thucydides is justly accounted the most political historiographer that ever writ” (Thomas Hobbes). Escritura autocrática (Ronald Syme) y reticencia (Leo Strauss). Historia de dos ciudades: Esparta y Atenas. Amor a la ciudad (“filópolis”) y amor al saber (“filosofía”): el diálogo de Tucídides y Platón (Epitafio de Pericles y *Menéxeno*). Democracia: autonomía y sinecismo.

El marco de la descripción de la plaga: los dos discursos de Pericles. Atenas como educadora de Grecia. El poder de la ciudad y la anomia, el imperio y la tiranía. ¿Es la ciudad más importante que el ciudadano?

φέρειν δὲ χρῆ τὰ τε δαιμόνια ἀναγκαίως τὰ τε ἀπὸ τῶν πολεμίων ἀνδρείως: ταῦτα γὰρ ἐν ἔθει τῆδε τῆ πόλει πρότερόν τε ἦν νῦν τε μὴ ἐν ὑμῖν κωλυθῆ, 2.64.2

(Pero hay que soportar los males enviados por los dioses con resignación y los que proceden de los enemigos con valor; tal era, en efecto, la costumbre de esta ciudad en el pasado, y ahora es preciso que no se interrumpa en vosotros.)

### Bibliografía

- TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, 4 vols., trad. de J. J. Torres Esbarranch, Gredos, Madrid, 1990-1992. (Vol. I, libro II, caps. 34-65).
- PLATÓN, *Menéxeno*, trad. de E. Acosta, *Diálogos*, vol. II, Gredos, Madrid, 1983.
- A. W. GOMME, *A Historical Commentary on Thucydides*, vol. II, Books II-III, Clarendon Press, Oxford, 1956.
- An Inventory of Archaic and Classical Poleis*, ed. de M. H. Hansen y T. Heine Nielsen, Oxford University Press, 2004.
- G. M. MARA, *The Civic Conversations of Thucydides and Plato. Classical Political Philosophy and the Limits of Democracy*, SUNY Press, Albany, 2008.
- P. CARTLEDGE, *Democracy. A Life*, Oxford University Press, 2016.
- L. CANFORA, *Tucidide. La menzogna, la colpa, l'esilio*, Laterza, Bari, 2016.
- The Oxford Handbook of Thucydides*, ed. de R. K. Balot et al., Oxford University Press, 2017.

### Lectura 1

*Sócrates*.— ¿De dónde viene Menéxeno? ¿Del ágora o de algún otro lugar?

*Menéxeno*.— Del ágora, Sócrates, y de la sala del Consejo.

*Sóc*.— ¿Y qué asunto te llevó precisamente a la sala del Consejo? Está bien claro que crees haber llegado al término de la educación y de la filosofía y que piensas, convencido de que ya estás capacitado, inclinarte hacia empresas mayores. ¿Intentas, admirable amigo, a pesar de tu edad, gobernarnos a nosotros que somos más viejos

para que vuestra casa no deje de proporcionarnos en todo momento un administrador de nuestros intereses?

*Men.*— Si tú, Sócrates, me permites y aconsejas gobernar, ese será mi mayor deseo; en caso contrario, no. Concretamente hoy he acudido a la sala del Consejo porque sabía que la asamblea se disponía a elegir a quien ha de pronunciar el discurso sobre los muertos, pues ya sabes que tienen intención de celebrar una ceremonia fúnebre.

PLATÓN  
*Menéxeno* 234 a-b

## Lectura 2

<sup>34</sup> En el mismo invierno, los atenienses, siguiendo la costumbre ancestral, celebraron oficialmente los funerales de los primeros muertos de esta guerra. La ceremonia se desarrolla del modo siguiente: tres días antes instalan una tienda en la que exponen los huesos de los difuntos y cada persona lleva al suyo la ofrenda que quiere. Cuando tiene lugar la conducción, unos carros transportan féretros de ciprés, uno por cada tribu; los huesos están en el féretro de la tribu a la que cada uno pertenecía. Sigue luego una litera vacía, con su cortejo fúnebre, en honor de los desaparecidos que no han podido ser hallados al levantar los cadáveres para el sepelio. Todos los que lo desean, tanto ciudadanos como extranjeros, pueden participar en el cortejo y las mujeres de la familia están presentes en el entierro profiriendo sus lamentaciones. Los depositan luego en el sepulcro público, que está situado en el más bello arrabal de la ciudad y en el que siempre han enterrado a los que han muerto en la guerra, excepción hecha de los de Maratón; a aquéllos, en atención a su valor excepcional, les dieron sepultura en el mismo lugar de la batalla. Y cuando los han cubierto de tierra, un orador designado por la ciudad, que sea considerado hombre de no escasa inteligencia y que sobresalga por su reputación, pronuncia en su honor un elogio adecuado y, después de esto, se retiran. Así es la ceremonia de estos funerales y, durante toda la guerra, cada vez que se presentó el caso, siguieron esta costumbre. Pues bien, para hablar en honor de estos primeros caídos fue designado Pericles, hijo de Jantipo. Cuando llegó el momento, dejando el sepulcro, avanzó hacia una elevada tribuna levantada para que pudiese ser oído por la muchedumbre lo más lejos posible y habló del modo siguiente:

<sup>35</sup> “La mayor parte de quienes han tomado aquí la palabra en otras ocasiones han elogiado a quien introdujo este discurso en la ceremonia tradicional; según ellos resulta oportuno pronunciarlo en las honras fúnebres de los que han caído en la guerra. En mi opinión, sin embargo, sería suficiente que a hombres cuyo valor se ha manifestado en actos también se les tributaran los honores mediante actos, tal como hoy mismo estáis presenciando en estos funerales dispuestos por el Estado; así el crédito de los méritos de muchos no peligraría al depender de las palabras más o menos elocuentes de uno solo. Es difícil, en efecto, pronunciar las palabras adecuadas en un momento en que **la valoración de la realidad** [ἡ δόκησις τῆς ἀληθείας] apenas se establece con seguridad: el oyente que conoce bien los hechos y está bien dispuesto pensará posiblemente que la exposición queda por debajo de sus deseos y de su conocimiento de la realidad; por el contrario, el que no los conoce por propia experiencia, si oye algún elogio que esté por encima de sus propias fuerzas, creará, por envidia, que son exageraciones. Porque los elogios que se pronuncian acerca de otros sólo resultan tolerables en la medida en que cada uno cree que él mismo es capaz de realizar las mismas acciones que oye elogiar; pero ante lo que va más allá los hombres enseguida sienten envidia y no lo creen. En fin, puesto que los antiguos aprobaron que esto fuera así, es preciso que yo, siguiendo la costumbre, trate de acertar en la medida de lo posible con el deseo y la opinión de cada uno de vosotros.

<sup>36</sup> Comenzaré, ante todo, por nuestros antepasados. Es justo a la vez que adecuado en una ocasión como ésta tributarles el homenaje del recuerdo. Ellos

habitaron siempre esta tierra y, en el sucederse de las generaciones, nos la han transmitido libre hasta nuestros días gracias a su valor. Y si ellos son dignos de elogio, todavía lo son más nuestros padres, pues al legado que habían recibido consiguieron añadir, no sin esfuerzo, el imperio que poseemos, dejándonos así a nuestra generación una herencia incrementada. Nosotros, en fin, los hombres que ahora mismo aún estamos en plena madurez, hemos acrecentado todavía más la potencia de este imperio y hemos preparado nuestra ciudad en todos los aspectos, tanto para la guerra como para la paz, de forma que sea completamente autosuficiente. Respecto a todo eso, pasaré por alto las gestas militares que nos han permitido adquirir cada uno de nuestros dominios, o las ocasiones en que nosotros o nuestros padres hemos rechazado con ardor al enemigo, bárbaro o griego, en sus ataques. No quiero extenderme ante un auditorio perfectamente enterado. Explicaré, en cambio, antes de pasar al elogio de nuestros muertos, qué principios nos condujeron a esta situación de poder y con qué régimen político y gracias a qué modos de comportamiento este poder se ha hecho grande. Considero que en este momento no será inadecuado hablar de este asunto y que es conveniente que toda esta muchedumbre de ciudadanos y extranjeros lo escuche.

<sup>37</sup> Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos y, más que imitadores de los demás, somos un modelo a seguir. Su nombre, debido a que el gobierno no depende de unos pocos sino de la mayoría, es democracia. En lo que concierne a los asuntos privados, la igualdad, conforme a nuestras leyes, alcanza a todo el mundo, mientras que en la elección de los cargos públicos no anteponemos las razones de clase al mérito personal, conforme al prestigio de que goza cada ciudadano en su actividad, y tampoco nadie, en razón de su pobreza, encuentra obstáculos debido a la oscuridad de su condición social si está en condiciones de prestar un servicio a la ciudad. En nuestras relaciones con el Estado vivimos como ciudadanos libres y, del mismo modo, en lo tocante a las mutuas sospechas propias del trato cotidiano, nosotros no sentimos irritación contra nuestro vecino si hace algo que le gusta y no le dirigimos miradas de reproche, que no suponen un perjuicio, pero resultan dolorosas. Si en nuestras relaciones privadas evitamos molestarnos, en la vida pública, un respetuoso temor es la principal causa de que no cometamos infracciones, porque prestamos obediencia a quienes se suceden en el gobierno y a las leyes, principalmente a las que están establecidas para ayudar a los que sufren injusticias y a las que, aun sin estar escritas, acarrearán a quien las infringe una vergüenza por todos reconocida.

<sup>38</sup> Por otra parte, como alivio de nuestras fatigas, hemos procurado a nuestro espíritu muchísimos esparcimientos. Tenemos juegos y fiestas durante todo el año y casas privadas con espléndidas instalaciones, cuyo goce cotidiano aleja la tristeza. Gracias a la importancia de nuestra ciudad todo tipo de productos **de toda la tierra** [ἐκ πάσης γῆς] son importados, con lo que el disfrute con que gozamos de nuestros propios productos no nos resulta más familiar que el obtenido con los de otros pueblos.

<sup>39</sup> En el sistema de prepararnos para la guerra también nos distinguimos de nuestros adversarios en estos aspectos: **nuestra ciudad está abierta a todo el mundo** [τὴν τε γὰρ πόλιν κοινὴν παρέχομεν] y en ningún caso recurrimos a las expulsiones de extranjeros para impedir que se llegue a una información u observación de algo que, de no mantenerse en secreto, podría resultar útil al enemigo que lo descubriera. Esto es así porque no confiamos tanto en los preparativos y estrategias como en el valor que sale de nosotros mismos en el momento de entrar en acción. En lo que se refiere a los métodos de educación, mientras que ellos, desde muy jóvenes, tratan de alcanzar la fortaleza viril mediante un penoso entrenamiento, nosotros, a pesar de nuestro estilo de vida más relajado, no nos enfrentamos con menos valor a peligros equivalentes. He aquí una prueba: los lacedemonios no emprenden sus expediciones contra nuestro territorio sólo con sus propias fuerzas, sino con todos sus aliados; nosotros, en cambio, marchamos solos contra el país de otros y, a pesar de combatir en tierra extranjera contra gentes que luchan por su patria, de ordinario nos imponemos sin dificultad. Ningún enemigo se ha encontrado todavía con todas

nuestras fuerzas unidas, por coincidir nuestra dedicación a la flota con el envío por tierra de nuestras tropas en numerosas misiones; ellos, sin embargo, si llegan a trabar combate con una parte, en caso de conseguir superar a algunos de los nuestros, se jactan de habernos rechazado a todos, y, si son vencidos, dicen que han sido derrotados por el conjunto de nuestras fuerzas. Pero, en definitiva, si nosotros estamos dispuestos a afrontar los peligros con despreocupación más que con un penoso adiestramiento, y con un valor que no procede tanto de las leyes como de la propia naturaleza, obtenemos un resultado favorable: nosotros no nos afligimos antes de tiempo por las penalidades futuras y, llegado el momento, no nos mostramos menos audaces que los que andan continuamente atormentándose; y nuestra ciudad es digna de admiración en estos y en otros aspectos.

<sup>40</sup> Amamos la belleza con sencillez y el saber sin relajación [φιλοκαλοῦμέν τε γὰρ μετ' εὐτελείας καὶ φιλοσοφοῦμεν ἄνευ μαλακίας]. Nos servimos de la riqueza más como oportunidad para la acción que como pretexto para la vanagloria y entre nosotros no es un motivo de vergüenza para nadie reconocer su pobreza, sino que lo es más bien no hacer nada por evitarla. Las mismas personas pueden dedicar a la vez su atención a sus asuntos particulares y a los públicos, y gentes que se dedican a diferentes actividades tienen suficiente criterio respecto a los asuntos públicos. Somos, en efecto, los únicos que a quien no toma parte en estos asuntos lo consideramos no un despreocupado, sino un inútil; y nosotros en persona cuando menos damos nuestro juicio sobre los asuntos, o los estudiamos puntualmente, porque, en nuestra opinión, no son las palabras lo que supone un perjuicio para la acción, sino el no informarse por medio de la palabra antes de proceder a lo necesario mediante la acción. También nos distinguimos en cuanto a que somos extraordinariamente audaces a la vez que hacemos nuestros cálculos sobre las acciones que vamos a emprender, mientras que a los otros la ignorancia les da coraje, y el cálculo, indecisión. Es justo que sean considerados los más fuertes de espíritu quienes, aun conociendo perfectamente las penalidades y los placeres, no por esto se apartan de los peligros. También en lo relativo a la generosidad somos distintos de la mayoría, pues nos ganamos los amigos no recibiendo favores, sino haciéndolos. Quien ha hecho el favor está en mejores condiciones para conservar vivo, mediante muestras de benevolencia hacia aquel a quien concedió el favor, el agradecimiento que se le debe. El que lo debe, en cambio, se muestra más apagado, porque sabe que devuelve el favor no con miras a un agradecimiento sino para pagar una deuda. Somos los únicos, además, que prestamos nuestra ayuda confiadamente, no tanto por efectuar un cálculo de la conveniencia como por la confianza que nace de la libertad.

<sup>41</sup> Resumiendo, afirmo que nuestra ciudad es, en su conjunto, un ejemplo para Grecia y que cada uno de nuestros ciudadanos individualmente puede, en mi opinión, hacer gala de una personalidad suficientemente capacitada para dedicarse a las más diversas formas de actividad con una gracia y habilidad extraordinarias [ξυνελών τε λέγω τὴν τε πᾶσαν πόλιν τῆς Ἑλλάδος παίδευσιν εἶναι καὶ καθ' ἕκαστον δοκεῖν ἂν μοι τὸν αὐτὸν ἄνδρα παρ' ἡμῶν ἐπὶ πλεῖστ' ἂν εἶδη καὶ μετὰ χαρίτων μάλιστ' ἂν εὐτραπέλως τὸ σῶμα αὐτάρκες παρέχεσθαι]. Que esto no es alarde de palabras inspirado por el momento, sino la verdad de los hechos, lo indica el mismo poder de la ciudad [ἡ δύναμις τῆς πόλεως], poder que hemos obtenido gracias a estas particularidades que he mencionado. Porque, entre las ciudades actuales, la nuestra es la única que, puesta a prueba, se muestra superior a su fama, y la única que no suscita indignación en el enemigo que la ataca, cuando éste considera las cualidades de quienes son causa de sus males, ni, en sus súbditos, el reproche de ser gobernados por hombres indignos. Y dado que mostramos nuestro poder con pruebas importantes, y sin que nos falten los testigos, seremos admirados por nuestros contemporáneos y por las generaciones futuras, y no tendremos ninguna necesidad ni de un Homero que nos haga el elogio ni de ningún poeta que deleite de momento con sus versos, aunque la verdad de los hechos destruya sus suposiciones sobre los mismos; nos bastará con haber obligado a todo el mar y a toda la Tierra a ser accesibles a nuestra audacia, y con haber dejado por todas partes monumentos eternos en recuerdo de males y bienes. Tal es, pues, la ciudad por la que

estos hombres han luchado y han muerto, oponiéndose noblemente a que les fuera arrebatada, y es natural que todos los que quedamos estemos dispuestos a sufrir por ella.

<sup>42</sup> Por esto precisamente me he extendido en lo relativo a la ciudad, a fin de haceros entender que la lucha [ἀγῶνα] no tiene el mismo significado para nosotros y para aquellos que no disfrutaban de ventajas similares a las nuestras, y, al mismo tiempo, a fin de esclarecer con pruebas el elogio de aquellos en cuyo honor estoy ahora hablando. Así pues, lo principal de este elogio ya está dicho, dado que las excelencias por las que he ensalzado nuestra ciudad son el ornamento que le han procurado las virtudes de estos hombres y de otros hombres como ellos; y no son muchos los griegos, como es el caso de éstos, cuya alabanza pudiera encontrar correspondencia en sus obras. Me parece, asimismo, que el fin que éstos han tenido es una demostración del valor de un hombre, bien como primer indicio, bien como confirmación final. Porque incluso en el caso de aquellos que fueron inferiores en otros aspectos es justo que se anteponga su bravura en la guerra luchando en defensa de su patria, pues borraron el mal con el bien y el servicio que prestaron en beneficio público compensó sobradamente los perjuicios ocasionados por su actuación privada. Ninguno de estos hombres se acobardó prefiriendo seguir con el goce de sus riquezas ni trató de aplazar el peligro con la esperanza de su pobreza, de que conseguiría librarse de ella y se haría rico. Al contrario, considerando más deseable el castigo al adversario que aquellos bienes, y creyendo además que aquél era el más hermoso de todos los peligros, decidieron, haciéndole frente, castigar a los enemigos y seguir aspirando a los bienes, fiando a la esperanza lo incierto del éxito, pero juzgando preferible de hecho, ante la inminencia del peligro, confiar en sí mismos; y llegado el momento, pensaron que era más hermoso resistir hasta la muerte que ceder para salvar la vida; evitaron así la vergüenza del reproche, afrontaron la acción a costa de su vida, y en un instante determinado por el destino, en un momento culminante de gloria, que no de miedo, nos dejaron.

<sup>43</sup> Así es como estos hombres se mostraron dignos de nuestra ciudad y es menester que los que quedan hagan votos por tener frente al enemigo una disposición que apunte a un destino más seguro sin consentir por ello ninguna pérdida de audacia. No debéis considerar la utilidad de esta actitud —sobre la que cabrían largas explicaciones que vosotros ya conocéis— solo a través de las palabras de un orador que exponga todos los beneficios que derivan de defenderse contra el enemigo; debéis contemplar, en cambio, el poder de la ciudad en la realidad de cada día y convertirlos en sus amantes, y cuando os parezca que es grande, debéis pensar que quienes consiguieron este poder eran hombres audaces y conedores de su deber, que en sus acciones se comportaban con honor y que, si alguna vez fracasaban en algún intento, no querían por ello privar a la ciudad de su valor, sino que le ofrecían la contribución más hermosa. Daban su vida por la comunidad recibiendo a cambio cada uno de ellos particularmente el elogio que no envejece y la tumba más insigne, que no es aquella en que yacen, sino aquella en la que su gloria sobrevive para siempre en el recuerdo, en cualquier tiempo en que surja la ocasión para recordarlos tanto de palabra como de obra. Porque la tierra entera es la tumba de los hombres ilustres, y no sólo en su patria existe la indicación de la inscripción grabada en las estelas, sino que incluso en tierra extraña pervive en cada persona un recuerdo no escrito, un recuerdo que está más en los sentimientos que en la realidad de una tumba. Tratad, pues, de emular a estos hombres, y estimando que la felicidad se basa en la libertad y la libertad en el coraje, no miréis con inquietud los peligros de la guerra. No son, en efecto, los desgraciados, para quienes no existe la esperanza de bien alguno, los que pueden despreciar la vida con más razón, sino aquellos que, al seguir viviendo, corren el riesgo de un cambio de fortuna desfavorable y para quienes, en caso de fracaso, las diferencias son enormes. Porque para un hombre con pundonor la degradación que acompaña a la miseria resulta más dolorosa que una muerte que sobreviene sin ser sentida en la plenitud de su vigor y de la esperanza colectiva.

<sup>44</sup> Ésta es la razón por la que ahora no me voy a dirigir a los padres de estos hombres, que asistís a este acto, con lamentaciones de compasión, sino con palabras de consuelo. Sabido es que la vida se va haciendo a través de vicisitudes de diverso signo, y la dicha es de quienes alcanzan la mayor nobleza con su muerte, como estos ahora, y con su dolor, como es vuestro caso, y de aquellos cuya vida fue medida para que la felicidad y el fin de sus días coincidieran. Me doy perfecta cuenta de que es difícil convencerlos tratándose de vuestros hijos cuyo recuerdo os vendrá con frecuencia cuando asistáis a los momentos de dicha de los otros, momentos dichosos con los que también vosotros os regocijabais un día; y el dolor no procede de los bienes de los que uno se ve privado sin haberlos experimentado, sino de aquel del que uno ha sido desposeído una vez habituado a él. Pero es preciso ser fuertes, siquiera por la esperanza de tener otros hijos, los que todavía estáis en edad de engendrarlos; en la vida privada los hijos que vendrán serán para algunos un motivo de olvido de los que ya no están con nosotros, y la ciudad saldrá beneficiada por dos razones: no perderá población y ganará en seguridad. Porque no es posible que tomen decisiones justas y equitativas quienes no afrontan el peligro exponiendo también a sus propios hijos, igual que los demás. Y cuantos ya habéis pasado la edad, considerad una ganancia el hecho de haber sido dichosos durante la mayor parte de vuestra vida, pensad que la parte que os queda será breve, y consolaos con el renombre de estos muertos. El amor a la gloria es, en efecto, lo único que no envejece, y en la época improductiva de la vida lo que da mayor satisfacción no son las ganancias, como dicen algunos, sino los honores.

<sup>45</sup> Y para vosotros, hijos o hermanos de estos caídos que os encontráis aquí, veo que la lucha para estar a su altura será ardua, porque todo el mundo tiene la costumbre de elogiar a quien ya no existe, y aun en el colmo del valor, difícilmente se os considerará no ya iguales, sino un poco por debajo de ellos. La envidia de los vivos, en efecto, se enfrenta a lo que se les opone, pero lo que no les supone ningún obstáculo es respetado con una benevolencia sin oposición. Y si es necesario que me refiera a la virtud femenina, a propósito de las que ahora vivirán en la viudez, lo expresaré todo con un breve consejo: si no os mostráis inferiores a vuestra naturaleza, vuestra reputación será grande, y será grande la de aquella cuyas virtudes o defectos anden lo menos posible en boca de los hombres.

<sup>46</sup> He expuesto, pues, con mis palabras todo lo que, de acuerdo con la costumbre, tenía por conveniente; en cuanto a los hechos, por lo que respecta a los hombres a los que damos sepultura, ya han recibido los honores funerarios y, por lo que respecta a sus hijos, de ahora en adelante la ciudad los mantendrá a expensas públicas hasta la adolescencia, ofreciendo así una útil corona, en premio de tales juegos, a los muertos y a los que quedan, pues las ciudades donde están establecidos los mayores premios al valor son también aquellas donde viven los mejores ciudadanos. Ahora, en fin, después de cumplir las lamentaciones en honor de los parientes respectivos, retiraos.”

<sup>47</sup> Así se celebraron los funerales en este invierno, transcurrido el cual terminó el primer año de esta guerra. Y tan pronto como comenzó el verano, los peloponesios y sus aliados, con dos tercios de sus fuerzas, invadieron, como la primera vez, el Ática; los mandaba Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, rey de los lacedemonios. Y después de tomar posiciones procedieron a devastar el territorio. No hacía aún muchos días que estaban en el Ática cuando comenzó a declararse por primera vez entre los atenienses la epidemia [ἡ νόσος], que, según se dice, ya había hecho su aparición anteriormente en muchos sitios, concretamente por la parte de Lemnos y en otros lugares, aunque no se recordaba que se hubiera producido en ningún sitio una peste tan terrible y una tal pérdida de vidas humanas [οὐ μέντοι τοσοῦτός γε λοιμὸς οὐδὲ φθορὰ οὕτως ἀνθρώπων οὐδαμοῦ ἐμνημονεῦετο γενέσθαι]. Nada podían hacer los médicos por su desconocimiento de la enfermedad que trataban por primera vez; al contrario, ellos mismos eran los principales afectados por cuanto que eran los que más se acercaban a los enfermos; tampoco servía de nada ninguna otra ciencia humana [ἀνθρωπεῖα τέχνη]. Elevaron, asimismo, súplicas en los templos, consultaron a los oráculos y recurrieron a otras

prácticas semejantes; todo resultó inútil, y acabaron por renunciar a estos recursos vencidos por el mal.

<sup>48</sup> Apareció por primera vez, según se dice, en Etiopía, la región situada más allá de Egipto, y luego descendió hacia Egipto y Libia y a la mayor parte del territorio del Rey. En la ciudad de Atenas se presentó de repente y atacó primeramente a la población del Pireo, por lo que circuló el rumor entre sus habitantes de que los peloponesios habían echado veneno en los pozos, dado que todavía no había fuentes en la localidad. Luego llegó a la ciudad alta, y entonces la mortandad ya fue mucho mayor. Sobre esta epidemia, cada persona, tanto si es médico como si es profano, podrá exponer, sin duda, cuál fue, en su opinión, su origen probable así como las causas de tan gran cambio que, a su entender, tuvieron fuerza suficiente para provocar aquel proceso. Yo, por mi parte, describiré cómo se presentaba; y los síntomas con cuya observación, en el caso de que un día sobreviniera de nuevo, se estaría en las mejores condiciones para no errar en el diagnóstico, al saber algo de antemano, también voy a mostrarlos, porque yo mismo padecí la enfermedad y vi personalmente a otros que la sufrían [ταῦτα δηλώσω αὐτὸς τε νοσήσας καὶ αὐτὸς ἰδὼν ἄλλους πάσχοντας].

<sup>49</sup> Aquel año, como todo el mundo reconocía, se había visto particularmente libre de enfermedades en lo que a otras dolencias se refiere; pero si alguien había contraído ya alguna, en todos los casos fue a parar a esta. En los demás casos, sin embargo, sin ningún motivo que lo explicase, en plena salud y de repente, se iniciaba con una intensa sensación de calor en la cabeza y con un enrojecimiento e inflamación en los ojos; por dentro, la faringe y la lengua quedaban enseguida inyectadas y la respiración se volvía irregular y despedía un aliento fétido. Después de estos síntomas, sobrevenían estornudos y ronquera, y en poco tiempo el mal bajaba al pecho acompañado de una tos violenta; y cuando se fijaba en el estómago, lo revolvía y venían vómitos con todas las secreciones de bilis que han sido detalladas por los médicos, y venían con un malestar terrible. A la mayor parte de los enfermos les vinieron también arcadas sin vomito que les provocaban violentos espasmos, en unos casos luego que remitían los síntomas precedentes y, en otros, mucho después. Por fuera el cuerpo no resultaba excesivamente caliente al tacto, ni tampoco estaba amarillento, sino rojizo, cárdeno y con un exantema de pequeñas ampollas y de úlceras; pero por dentro quemaba de tal modo que los enfermos no podían soportar el contacto de vestidos y lienzos muy ligeros ni estar de otra manera que desnudos, y se habrían lanzado al agua fría con el mayor placer. Y esto fue lo que en realidad hicieron, arrojándose a los pozos, muchos de los enfermos que estaban sin vigilancia, presos de una sed insaciable; pero beber más o beber menos daba lo mismo. Por otra parte, la imposibilidad de descansar y el insomnio los agobiaban continuamente. El cuerpo, durante todo el tiempo en que la enfermedad estaba en plena actividad, no quedaba agotado, sino que resistía inesperadamente el sufrimiento; así, o perecían, como era el caso de la mayoría, a los nueve o a los siete días, consumidos por el calor interior, quedándoles todavía algo de fuerzas, o, si conseguían superar esta crisis, la enfermedad seguía su descenso hasta el vientre, donde se producía una fuerte ulceración a la vez que sobrevenía una diarrea sin mezclar, y, por lo común, se perecía a continuación a causa de la debilidad que aquella provocaba. El mal, después de haberse instalado primero en la cabeza, comenzando por arriba recorría todo el cuerpo, y si uno sobrevivía a sus acometidas más duras, el ataque a las extremidades era la señal que dejaba: afectaba, en efecto, a los órganos genitales y a los extremos de las manos y de los pies; y muchos se salvaban con la pérdida de estas partes, y algunos incluso perdiendo los ojos. Otros, en fin, en el momento de restablecerse, fueron víctimas de una amnesia total y no sabían quiénes eran ellos mismos ni reconocían a sus allegados.

<sup>50</sup> La naturaleza de esta enfermedad fue tal que escapa sin duda a cualquier descripción; atacó a cada persona con más virulencia de la que puede soportar la naturaleza humana, pero sobre todo demostró que era un mal diferente a las afecciones ordinarias en el siguiente detalle: las aves y los cuadrúpedos que comen carne humana, a pesar de haber muchos cadáveres insepultos, o no se acercaban, o si los probaban perecían. Y he aquí la prueba: la desaparición de este tipo de aves fue notoria, y no se

las veía ni junto a ningún cadáver ni en ningún otro sitio; los perros, en cambio, por el hecho de vivir con el hombre, hacían más fácil la observación de los efectos.

<sup>51</sup> Tal era, pues, en general el carácter de la enfermedad, dejando a un lado otros muchos aspectos extraordinarios, dado que cada caso presentaba alguna particularidad que lo diferenciaba de otros. Y durante aquel tiempo ninguna de las enfermedades corrientes hacía sentir sus efectos, y si sobrevenía alguna, acababa en aquélla. Unos morían por falta de cuidados y otros a pesar de estar perfectamente atendidos. No se halló ni un solo remedio, por decirlo así, que se pudiera aplicar con seguridad de eficacia; pues lo que iba bien a uno a otro le resultaba perjudicial. Ninguna constitución, fuera fuerte o débil, se mostró por sí misma con bastante fuerza frente al mal; éste se llevaba a todos, incluso a quienes eran tratados con todo tipo de dietas. Pero lo más terrible de toda la enfermedad era el desánimo que se apoderaba de uno cuando se daba cuenta de que había contraído el mal (porque entregando al punto su espíritu a la desesperación, se abandonaban por completo sin intentar resistir), y también el hecho de que morían como ovejas al contagiarse debido a los cuidados de los unos hacia los otros: esto era sin duda lo que provocaba mayor mortandad. Porque si, por miedo, no querían visitarse los unos a los otros, morían abandonados, y muchas casas quedaban vacías por falta de alguien dispuesto a prestar sus cuidados; pero si se visitaban, perecían, sobre todo quienes de algún modo hacían gala de generosidad, pues, movidos por su sentido del honor no tenían ningún cuidado de sí mismos entrando en casa de sus amigos cuando, al final, a los mismos familiares, vencidos por la magnitud del mal, ya no les quedaban fuerzas ni para llorar a los que se iban. No obstante, eran los que ya habían salido de la enfermedad quienes más se compadecían de los moribundos y de los que luchaban con el mal por conocerlo por propia experiencia y hallarse ya ellos en seguridad; la enfermedad, en efecto, no atacaba por segunda vez a la misma persona, al menos hasta el punto de resultar mortal. Así, recibían el parabién de los demás y ellos mismos debido a su extraordinaria alegría del momento abrigaban para el futuro la vana esperanza de que ya ninguna enfermedad podría acabar con ellos.

<sup>52</sup> En medio de sus penalidades les supuso un mayor agobio la aglomeración ocasionada por el traslado a la ciudad de las gentes del campo, y quienes más lo padecieron fueron los refugiados. En efecto, como no había casas disponibles y habitaban en barracas sofocantes debido a la época del año, la mortandad se producía en una situación de completo desorden; cuerpos de moribundos yacían unos sobre otros, y personas medio muertas se arrastraban por las calles y alrededor de todas las fuentes movidos por su deseo de agua. Los santuarios en los que se habían instalado estaban llenos de cadáveres, pues morían allí mismo; y es que ante la extrema violencia del mal, los hombres, sin saber lo que sería de ellos, se dieron al menosprecio tanto de lo divino como de lo humano [τά τε ἱερὰ ἐν οἷς ἐσκήνηντο νεκρῶν πλέα ἦν, αὐτοῦ ἐναποθησκόντων: ὑπερβιαζομένου γὰρ τοῦ κακοῦ οἱ ἄνθρωποι, οὐκ ἔχοντες ὅτι γένωνται, ἐς ὀλιγωρίαν ἐτρέποντο καὶ ἱερῶν καὶ ὁσίων ὁμοίως]. Todas las costumbres que antes observaban en los entierros fueron trastornadas y cada uno enterraba como podía. Muchos recurrieron a sepelios indecorosos debido a la falta de medios, por haber tenido ya muchas muertes en su familia; en piras ajenas, anticipándose a los que las habían apilado, había quienes ponían su muerto y prendían fuego; otros, mientras otro cadáver ya estaba ardiendo, echaban encima el que ellos llevaban y se iban.

<sup>53</sup> También en otros aspectos la epidemia acarrió a la ciudad una mayor inmoralidad [πρώτον τε ἤρξε καὶ ἐς τὰλλα τῇ πόλει ἐπι πλεον ἄνομίας τὸ νόσημα]. La gente se atrevía más fácilmente a acciones con las que antes se complacía ocultamente, puesto que veían el rápido giro de los cambios de fortuna de quienes eran ricos y morían súbitamente, y de quienes antes no poseían nada y de repente se hacían con los bienes de aquéllos. Así aspiraban al provecho pronto y placentero, pensando que sus vidas y sus riquezas eran igualmente efímeras. Y nadie estaba dispuesto a sufrir penalidades por un fin considerado noble, puesto que no tenía la seguridad de no perecer antes de alcanzarlo. Lo que resultaba agradable de inmediato y lo que de



cualquier modo contribuía a ello, esto fue lo que pasó a ser noble y útil. Ningún temor de los dioses ni ley humana los detenía; de una parte juzgaban que daba lo mismo honrar o no honrar a los dioses, dado que veían que todo el mundo moría igualmente, y, en cuanto a sus culpas, nadie esperaba vivir hasta el momento de celebrarse el juicio y recibir su merecido; pendía sobre sus cabezas una condena mucho más grave que ya había sido pronunciada, y antes de que les cayera encima era natural que disfrutaran un poco de la vida [θεῶν δὲ φόβος ἢ ἀνθρώπων νόμος οὐδεὶς ἀπεῖργε, τὸ μὲν κρίνοντες ἐν ὁμοίῳ καὶ σέβειν καὶ μὴ ἐκ τοῦ πάντα ὄρᾶν ἐν ἴσῳ ἀπολλυμένους, τῶν δὲ ἀμαρτημάτων οὐδεὶς ἐλπίζων μέχρι τοῦ δίκην γενέσθαι βιοῦς ἂν τὴν τιμωρίαν ἀντιδοῦναι, πολὺ δὲ μείζω τὴν ἤδη κατεψηφισμένην σφῶν ἐπικρεμασθῆναι, ἦν πρὶν ἐμπεσεῖν εἰκὸς εἶναι τοῦ βίου τι ἀπολαῦσαι].

<sup>54</sup> Tal era el agobio de la desgracia en que se veían sumidos los atenienses; la población moría dentro de las murallas y el país era devastado fuera. Y en medio de su infortunio, como era natural, se acordaron particularmente de este verso, que los más viejos afirmaban haber oído recitar hacía tiempo: *Vendrá una guerra doria y con ella una peste*. Por cierto que surgió una discusión entre la gente respecto a que la palabra usada por los antiguos en el verso no era “peste”, sino “hambre”, pero en aquellas circunstancias venció, naturalmente, la opinión de que se había dicho “peste”; la gente, en efecto, acomodaba su memoria al azote que padecía. Y sospecho que si después de ésta un día estalla otra guerra doria y sobreviene el hambre, recitarán el verso con toda probabilidad en este sentido. También acudió a la memoria de quienes lo conocían el oráculo dado a los lacedemonios cuando habían preguntado al dios si debían emprender la guerra y éste les había respondido que, si hacían la guerra con todas sus fuerzas, la victoria sería suya, y les había prometido que él mismo les prestaría su ayuda. Suponían, pues, que los hechos se desarrollaban conforme al oráculo: la epidemia, en efecto, se había declarado así que los peloponesios habían efectuado la invasión; y no se extendió al Peloponeso, al menos de forma que valga la pena mencionar, sino que se fue cebando sobre todo en Atenas y luego en las localidades más pobladas de otras regiones. Éstos son los hechos relativos a la epidemia.

<sup>55</sup> Entretanto los peloponesios, después de asolar la llanura, pasaron hasta Laurio, donde se hallan las minas de plata de los atenienses. Primero asolaron la parte que mira al Peloponeso, y luego la que está orientada hacia Eubea y Andros. Pero Pericles, que también entonces era estratega, mantenía el mismo criterio de que los atenienses no salieran al encuentro del enemigo, como en la primera invasión.

<sup>56</sup> Sin embargo, mientras los peloponesios estaban todavía en la llanura, antes de que se dirigieran a la zona de la costa, estuvo preparando una expedición de cien naves contra el Peloponeso, y cuando todo estuvo listo, se hizo a la mar. Llevaba a bordo de las naves cuatro mil hoplitas atenienses, y trescientos caballeros iban en transportes de caballería, construidos entonces por primera vez aprovechando viejas embarcaciones; también participaron en la expedición fuerzas de Quíos y de Lesbos con cincuenta naves. Cuando se hizo a la mar esta armada ateniense, dejó a los peloponesios en la costa del Ática. Llegados a Epidauro, en el Peloponeso, asolaron la mayor parte del territorio y atacando la ciudad abrigaron la esperanza de tomarla, pero no los acompañó el éxito. Después de retirarse de Epidauro asolaron los territorios de Trecén, Halias y Hermíone, todos ellos situados en la costa del Peloponeso. Luego que zarparon de allí, llegaron a Prasias, una plaza de la costa de Laconia, asolaron parte de su territorio y tomaron la plaza misma y la saquearon. Concluido esto, regresaron a casa. Ya no encontraron a los peloponesios en el Ática; se habían retirado.

<sup>57</sup> Durante todo el tiempo en que los peloponesios estuvieron en territorio ateniense y los atenienses de expedición naval, la epidemia hizo estragos entre los atenienses, tanto en la armada como en la ciudad; y así se dijo que los peloponesios, al ser informados por los desertores de lo que pasaba en la ciudad y percatarse al mismo tiempo de las incineraciones, cogieron miedo a la enfermedad y se apresuraron a salir del territorio. No obstante, ésta fue la invasión en que permanecieron más tiempo y asolaron todo el territorio; estuvieron en el Ática unos cuarenta días.

<sup>58</sup> En el mismo verano, Hagnón, hijo de Nicias, y Cleopompo, hijo de Clinias, que eran estrategos en compañía de Pericles, con la armada que éste acababa de utilizar emprendieron inmediatamente una expedición contra los calcideos de Tracia y contra Potidea, todavía asediada, y una vez llegados emplearon máquinas de guerra contra Potidea y trataron de tomarla por todos los medios. Pero ni en la toma de la ciudad ni en lo demás tuvieron el éxito que sus preparativos merecían, pues también allí sobrevino la epidemia y puso en grave aprieto a los atenienses diezmando su ejército, hasta el punto de que incluso los soldados atenienses que ya estaban allí, que habían gozado de buena salud hasta entonces, contrajeron la enfermedad debido al contagio de las tropas de Hagnón. En cuanto a Formión y a sus mil seiscientos hombres, ya no estaban en Calcídica. Hagnón regresó, pues, a Atenas con sus naves, después de haber perdido a causa de la epidemia mil cincuenta de sus cuatro mil hoplitas en unos cuarenta días; los soldados que ya estaban allí se quedaron en su sitio y continuaron el asedio de Potidea.

<sup>59</sup> Después de la segunda invasión de los peloponesios, cuando el país había sido asolado por segunda vez y la enfermedad pesaba sobre ellos al mismo tiempo que la guerra, los atenienses habían cambiado de sentimientos; acusaban a Pericles de haberlos persuadido a hacer la guerra y de ser el responsable de que hubieran caído en aquellas desgracias, y anhelaban llegar a un acuerdo con los lacedemonios; les enviaron incluso unos embajadores, pero no consiguieron nada. Así, puestos en apuro por todos lados, acosaban a Pericles. Pero éste, viendo que estaban exasperados por aquella situación y que hacían todo lo que él mismo había previsto, convocó una asamblea (pues aún era estratego) con el propósito de animarlos y de llevarlos, después de alejar la irritación de su espíritu, a un estado de ánimo más tranquilo y confiado. Se adelantó, pues, para tomar la palabra y habló de este modo:

<sup>60</sup> “Esperaba las manifestaciones de vuestro enfado contra mí, pues conozco sus causas, y por esto he convocado la asamblea, para refrescar vuestra memoria y recriminaros si es que sin ninguna razón os enojáis conmigo o cedéis ante las desgracias. Tengo para mí, en efecto, que una ciudad que progresa colectivamente resulta más útil a los particulares que otra que tenga prosperidad en cada uno de sus ciudadanos, pero que se esté arruinando como Estado. Porque un hombre cuyos asuntos particulares van bien, si su patria es destruida, él igualmente se va a la ruina con ella, mientras que aquel que es desafortunado en una ciudad afortunada se salva mucho más fácilmente. Siendo así, pues, que una ciudad puede soportar las desgracias privadas, mientras que los ciudadanos particularmente son incapaces de soportar las de aquélla, ¿cómo no va a ser misión de todos defenderla y no hacer lo que vosotros ahora? Abatidos por las desventuras de vuestras casas, os despreocupáis de la salvación de la comunidad [τοῦ κοινοῦ τῆς σωτηρίας], y me hacéis responsable a mí, que os exhorté a entrar en guerra, y a vosotros mismos, que participasteis conmigo en la decisión. Os irritáis, sin embargo, contra un hombre como yo, que no soy, creo, inferior a nadie para idear y explicar lo que conviene, y que soy patriota [φιλόπολις] e insobornable. Porque quien tiene ideas y no sabe exponerlas claramente está en la misma situación que si no las concibiera; y quien tiene ambas capacidades, pero no ama a su patria, no podrá expresarse con el mismo patriotismo; y si alguien también posee esta cualidad, pero se deja dominar por el dinero, por esto solo será capaz de venderlo todo. En vista de lo cual, si os dejasteis persuadir a entrar en guerra considerando que yo poseía estas cualidades en más alto grado que otros, aunque solo fuera por poco, no existe ninguna razón por la que ahora se me pueda acusar de haber obrado mal.

<sup>61</sup> Para aquellos que tienen la posibilidad de elegir y que por lo demás son afortunados, entrar en guerra es, sin duda, una gran locura; pero desde el momento en que era necesario o ceder y someterse inmediatamente a otros, o correr el riesgo para mantener la superioridad, quien merece el reproche es quien evita el peligro y no quien lo afronta. Y yo soy el mismo y no me aparto de mi línea; sois vosotros los que cambiáis, porque el caso es que os dejasteis persuadir cuando no habíais sufrido ningún daño, y os arrepentís ahora que habéis sido alcanzados por la desgracia; y en el estado de

debilidad de vuestro ánimo mis razones no os parecen correctas, porque mientras que el dolor ya se ha hecho perceptible a cada uno, la demostración de la utilidad todavía se escapa a todo el mundo; y al haber sobrevenido un gran cambio de fortuna, y además súbitamente, vuestro espíritu no es bastante fuerte para perseverar en lo que decidisteis. Porque lo que es repentino e imprevisto y ocurre contrariamente a todo cálculo abate el coraje; y esto es lo que ha ocurrido entre nosotros sobre todo, encima de los otros males, con la epidemia. No obstante, al habitar una gran ciudad y haber sido educados en costumbres dignas de ella, es preciso estar dispuestos a soportar las mayores desgracias para no oscurecer la reputación (pues los hombres tienen por justo tanto inculpar a aquel que por flojedad se muestra inferior a la consideración que le corresponde como odiar a aquel otro que con su osadía aspira a la que no le pertenece); hay que dejar, pues, de dolerse por los sufrimientos individuales y ocuparse de la salvación de la comunidad.

<sup>62</sup> Y en cuanto a las penalidades de la guerra, si teméis que duren mucho y que ni siquiera lleguemos a obtener la victoria, deben bastaros aquellos argumentos con que os he demostrado en otras muchas ocasiones que vuestro recelo es infundado. Pero quiero haceros ver algo más, y es la ventaja que tenéis en lo tocante a vuestro imperio y en razón de su grandeza, ventaja en la que ni vosotros, me parece, habéis pensado nunca, ni yo me he referido a ella en mis anteriores discursos; ni tampoco acudiría ahora a este argumento, por ser un tanto jactanciosa la pretensión que conlleva, si no os viera consternados fuera de razón. Vosotros creéis sin duda que vuestro imperio se extiende solo sobre los aliados, pero yo declaro que de las dos partes del mundo abiertas al uso del hombre, la tierra y el mar, vosotros sois los señores absolutos de una en toda la extensión que ahora controláis, y en mayor medida si os lo proponéis. Y no hay nadie que os pueda impedir el paso si vuestra flota se hace a la mar con todas las fuerzas de que disponéis, ni el Rey ni ningún otro pueblo del momento. De suerte que es evidente que esta potencia vuestra nada tiene que ver con el disfrute de las casas y las tierras, a cuya privación dais una gran importancia; y no es razonable que os disgustéis por ellas; debéis más bien considerarlas, en comparación con esta potencia, un jardín de recreo y un lujo de rico, y darles escasa importancia, y tener en cuenta además que la libertad, si nos ocupamos de ella y conseguimos conservarla, reparara fácilmente estas pérdidas, mientras que quienes se someten a otros suelen ver disminuidas, asimismo, las posesiones que tenían. No debéis mostraros inferiores a vuestros padres en dos aspectos: ellos, en efecto, adquirieron el imperio gracias a su esfuerzo, sin recibirlo de otros, y, por si fuera poco, lo conservaron y os lo dejaron en herencia (y es más vergonzoso dejarse arrebatarse lo que se tiene que fracasar en el intento de apoderarse de algo nuevo). Debéis, en fin, ir al encuentro del enemigo movidos no solo por el propio aprecio, sino también por el desprecio. Porque que el orgullo puede nacer de una ignorancia afortunada y darse incluso en un cobarde, mientras que el desprecio surge en aquel que racionalmente está seguro de ser superior al adversario, como es nuestro caso. Y en iguales condiciones de fortuna, la inteligencia basada en el sentimiento de superioridad da más firmeza a la audacia, a la vez que confía menos en la esperanza, cuya fuerza se manifiesta en los momentos desesperados, y más en la reflexión que parte del conocimiento de la situación, cuyas previsiones son más seguras.

<sup>63</sup> Y es natural que vosotros defendáis el honor de la ciudad, honor que le viene de un imperio del que todos os enorgulleceis, y que no rehuyáis las fatigas o que, en caso contrario, tampoco busquéis los honores. No penséis que luchamos por una sola cosa, esclavitud o libertad, sino que también está en juego la pérdida de un imperio y el riesgo de sufrir los odios que habéis suscitado en el ejercicio del poder [μηδὲ νομίσαι περὶ ἐνὸς μόνου, δουλείας ἀντ' ἐλευθερίας, ἀγωνίζεσθαι, ἀλλὰ καὶ ἀρχῆς στέρησεως καὶ κινδύνου ὧν ἐν τῇ ἀρχῇ ἀπήχθεσθε]. Y a este imperio ya no es posible renunciar, si es que alguien, debido a su miedo en la presente situación o a su deseo de tranquilidad, pretende hacer el papel de hombre bueno a este respecto. Este imperio que poseéis ya es como una tiranía [ὡς τυραννίδα γὰρ ἤδη ἔχετε αὐτήν]: conseguirla parece ser una injusticia, pero

abandonarla constituye un peligro. Ciudadanos como éstos arruinarían rapidísimamente el Estado en caso de llegar a persuadir a los otros, o si se establecieran en alguna parte gobernándose por su propia cuenta; la tranquilidad, en efecto, no está libre de peligros si no se alinea junto a la acción, y vivir como esclavos en una situación de seguridad no es propio de una ciudad soberana, sino de una que es vasalla.

<sup>64</sup> Vosotros, empero, no os dejéis engañar por ciudadanos como éstos ni estéis irritados contra mí —dado que vosotros mismos decidisteis la guerra de acuerdo conmigo— si nuestros enemigos nos han invadido y han hecho lo que era normal que hicieran al no estar vosotros dispuestos a someteros y si ha sobrevenido además, más allá de nuestras previsiones, esta epidemia, la única cosa entre todo lo ocurrido que ha sobrepasado nuestros cálculos. Y es por ella en buena parte, bien lo sé, que soy más odiado, injustamente por cierto, a no ser que, cuando obtengáis un éxito inesperado, también me lo atribuyáis a mí. Pero hay que soportar los males enviados por los dioses con resignación y los que proceden de los enemigos con valor; tal era, en efecto, la costumbre de esta ciudad en el pasado, y ahora es preciso que no se interrumpa en vosotros. Daos cuenta de que ella goza del mayor renombre entre todos los hombres por no sucumbir a las desgracias y por haber gastado en la guerra más vidas y esfuerzos que ninguna otra; pensad también que ella posee la mayor potencia conseguida hasta nuestros días, cuya memoria, aunque ahora llegáramos a ceder un poco (pues todo ha nacido para disminuir), perdurará para siempre en las generaciones futuras; se recordará que somos los griegos que hemos ejercido nuestro dominio sobre mayor número de griegos, que hemos sostenido las mayores guerras tanto contra coaliciones como contra ciudades separadas, y que hemos habitado la ciudad más rica en toda clase de recursos y la más grande. El amante de la tranquilidad reprobará, sin duda, estos méritos, pero quien también esté dispuesto a actuar, procurará emularlos, y quien no los posea, los envidiará. Ser odiados y resultar molestos de momento es lo que siempre les ha ocurrido a todos los que han pretendido dominar a otros; pero quien se expone a la envidia por los más nobles motivos toma la decisión acertada. Porque el odio no dura mucho tiempo, mientras que el esplendor del presente y la gloria que se proyecta hacia el futuro perduran siempre en el recuerdo. Aprestaos, pues, para un futuro honroso y para un presente sin oprobio y tratad de conseguir este doble objetivo con un ardor inmediato; no enviéis heraldos a los lacedemonios ni deis muestra de estar agobiados por las presentes penalidades, porque, ante las desgracias, quienes se afligen menos en su espíritu a la vez que resisten más en la acción, éstos, trátense de ciudades o de particulares, son los más fuertes.”

<sup>65</sup> Hablando de este modo, Pericles trataba de calmar la irritación de los atenienses contra él y de distraer su atención de las presentes desgracias. Ellos, en su actuación pública, hicieron caso de sus palabras: no enviaron mas embajadas a los lacedemonios y se entregaron a la guerra con más ardor; pero, en privado, seguían con el dolor de sus sufrimientos: el pueblo, porque contando inicialmente con menos recursos se veía privado incluso de estos, y los poderosos, porque habían perdido las hermosas posesiones que tenían en el campo con sus construcciones y costosas instalaciones; pero lo más doloroso era que tenían la guerra en lugar de la paz. Por supuesto la irritación de todos contra Pericles no se apaciguó hasta que le hubieron impuesto una multa. Pero no mucho después, como suele hacer la masa, lo eligieron de nuevo estratega y le confiaron la dirección de todos los asuntos públicos, pues ya se había debilitado el dolor que cada uno sentía por sus sufrimientos particulares y, por otra parte, lo consideraban el hombre más valioso para las necesidades de toda la ciudad. En efecto, durante todo el tiempo que estuvo al frente de la ciudad en época de paz, la gobernó con moderación y veló por ella con seguridad, y durante su mandato Atenas llegó a ser la ciudad más poderosa; y una vez que la guerra estalló, también en aquellas circunstancias quedó claro que había previsto su potencia. Sobrevivió dos años y seis meses al inicio del conflicto y después de su muerte se reconoció aún más la clarividencia de sus previsiones respecto a la guerra. Sostenía, en efecto, que los atenienses vencerían si permanecían tranquilos y se cuidaban de su flota sin tratar de acrecentar su imperio durante la guerra y sin poner la ciudad en peligro. Pero ellos

hicieron todo lo contrario y, con miras a sus ambiciones particulares y a su particular beneficio, emprendieron una política diferente que parecía no tener nada que ver con la guerra y que resultaba perjudicial para sus intereses y los de sus aliados. Era una política que en los casos de éxito redundaba sobre todo en honor y provecho de los particulares, pero que en los fracasos acarreaba a la ciudad un quebranto para la guerra. La causa era que Pericles, que gozaba de autoridad gracias a su prestigio y a su talento, y resultaba además manifiestamente insobornable, tenía a la multitud en su mano, aun en libertad, y no se dejaba conducir por ella, sino que era él quien la conducía; y esto era así porque, al no haber adquirido el poder por medios ilícitos, no pretendía halagarla en sus discursos, sino que se atrevía incluso, merced a su prestigio, a enfrentarse a su enojo. Así, siempre que los veía confiados de modo insolente e inoportuno, los espantaba con sus palabras hasta que conseguía atemorizarlos, y, al contrario, cuando los veía dominados por un miedo irracional, los hacía retornar a la confianza. En estas condiciones, aquello era de nombre una democracia, pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano. Sus sucesores, en cambio, al ser más iguales entre ellos y aspirar cada uno a ser el primero, cambiaron de política hasta el punto de someter los asuntos públicos a los antojos del pueblo. De esta política derivaron muchos errores, como era de esperar en una ciudad grande y dueña de un imperio, y entre otros el de la expedición a Sicilia, cuyo fracaso no se debió tanto a un error de cálculo respecto a las fuerzas contra las que se dirigía el ataque como al hecho de que aquellos que habían enviado la expedición no adoptaron luego las medidas que convenían al cuerpo expedicionario, sino que, a causa de sus desavenencias personales respecto a la jefatura del pueblo, debilitaron la fuerza del ejército y, por primera vez, el gobierno de la ciudad se vio turbado por disensiones internas. Sin embargo, a pesar del revés que sufrieron en Sicilia con la mayor parte de su flota y con otras de sus fuerzas, y a pesar de que en la ciudad ya reinaba la discordia civil, todavía resistieron diez años a los enemigos que tenían al principio, a los de Sicilia que luchaban al lado de aquéllos, y, además, a la mayoría de sus propios aliados, que se habían sublevado, y, más tarde, a Ciro, hijo del Rey, que se había aliado a los peloponesios y les proporcionaba dinero para su flota; y no se entregaron hasta que no cayeron derribados por sus propias rivalidades. De tal modo le sobraban razones a Pericles cuando pronosticaba que Atenas vencería en la guerra a los peloponesios solos con absoluta facilidad.

TUCÍDIDES  
*Historia de la guerra del Peloponeso 2.34-65*